

El Estado-Nación que queremos, desde una perspectiva demográfica

La Conferencia sobre Medio Ambiente y Desarrollo en Río de Janeiro en 1992, la Conferencia Mundial sobre Derechos Humanos en Viena en 1993, la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo que tuvo lugar en El Cairo en 1994, la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer en Beijing, 1995, la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social en Copenhague en 1995, y la Conferencia Mundial de Asentamientos Humanos en Estambul en 1996, forman parte de la agenda de las Naciones Unidas para enfrentar el siglo XXI, y acumulan argumentos orientados a conocer y superar las grandes limitaciones del desarrollo social en los países pobres y también en relación con amplios sectores depauperados en los países ricos.

Todo lo anterior en el ámbito de la globalización, confrontando muy parcialmente la actual expansión del capitalismo en el mundo, en que las fuerzas productivas neoliberales se han desarrollado a un nivel nunca visto sin encontrar oposiciones o alternativas, de tal manera que la idea de desarrollo y modernización implica que el crecimiento y expansión capitalista tiene que lograr la desaparición de lo previamente existente como elemento necesario para poder seguir su curso, transformando nociones como cultura o comunicación y frente a las luchas cada vez mayores por espacios democráticos, reivindicaciones ancestrales como las étnicas, la consideración de nuevas polarizaciones en la distribución del ingreso y la riqueza, y dislocaciones cada vez más drásticas del tejido social.

Uno de los aspectos más sobresalientes en las conferencias internacionales mencionadas, es el considerar al tema bajo discusión como central en la búsqueda de bienestar social, aunque en la retórica se insiste en la necesidad de visiones integradas de la realidad. De esta manera, se plantea el requerimiento de desarrollo sostenido y



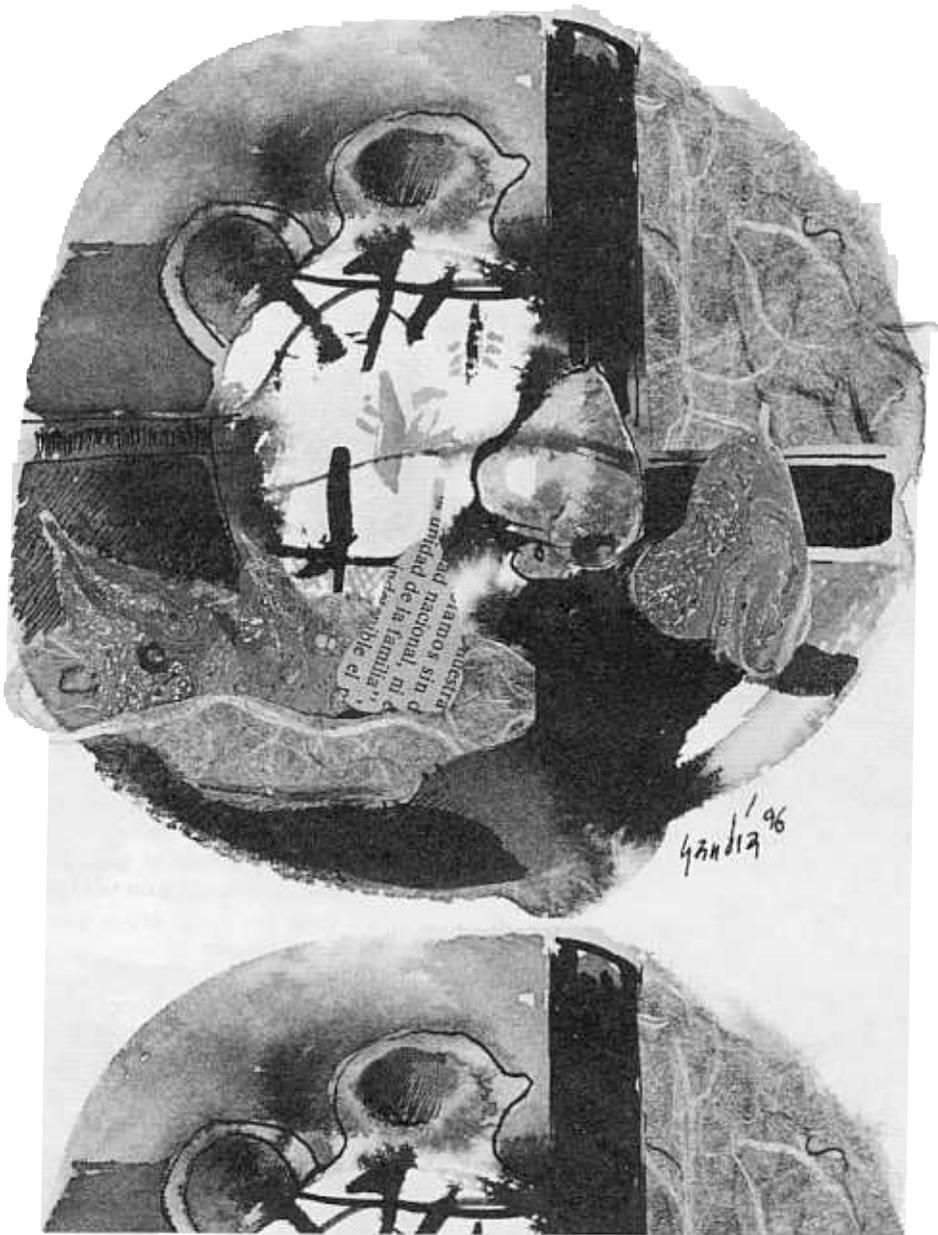
sustentable, apoyado en las discusiones sobre medio ambiente; la consideración de las relaciones entre población y desarrollo como básicas en la búsqueda de bienestar; la participación e igualdad de la mujer como esencial a la idea misma de derechos humanos y como agente activo en la búsqueda de mejores condiciones de vida; o bien las grandes desigualdades que ha traído consigo el mantenimiento de una visión economicista del cambio, posponiendo indefinidamente el bienestar social para todos.

Pareciera que la solución a los grandes problemas adquiere cada vez más el camino de soluciones a los grupos de intereses minoritarios o segmentados como los de raza, género, preferencias sexuales, o los llamados organismos no gubernamentales defensores de intereses cada vez más restringidos, y que han logrado reconocimiento como miembros deliberadores en la instrumentación de políticas sectoriales. Todo ello como un camino bastante largo y em-

pedrado, que produce soluciones de corto plazo hacia minorías o segmentos de la población, mantiene y fortalece los intereses de individuos y grupos que acumulan montos de riqueza nunca antes logrados, que les permite, incluso, enfrentar el poder gubernamental o estar más cercanos en la defensa de los cauces de los programas económicos gubernamentales que sostienen que de la peor injusticia y con instrumentos que han llevado al gran desequilibrio social actual, surgirá un verdadero Estado de derecho, justiciero y que obrará prodigios reguladores.

En los programas de acción nacionales se reflejan las preocupaciones internacionales, en donde los propios gobiernos han participado aprobando por consenso las propuestas surgidas del análisis de expertos, generalmente de los países ricos, o incorporando alguna propuesta nacional a través de negociaciones muy diversas.

En los programas nacionales quedan plasmados dichos planteamientos, por ejemplo en las políticas de población, donde se insiste en que la pobreza está asociada al llamado rezago demográfico dado que la transición demográfica se ve retardada en los sectores pobres y marginados, sin hacer mención alguna a las políticas gubernamentales centradas en el neoliberalismo económico, con gran capacidad para generar desempleo y pobreza, concentrar la riqueza y polarizar a la sociedad. Sin tomar en cuenta el fracaso de los sistemas educativos que mantienen rezagos notables en términos cuantitativos y cualitativos, sobre todo en los sectores pobres y marginales en donde la población mantiene su condición, precisamente por ausencia de una adecuada cobertura educativa, oportunidades de empleo y mantenimiento de la desigualdad de géneros, así como deficiencias sustantivas de acceso a los servicios de salud y seguridad social.



Los problemas se amplían cuando se constata en toda América Latina la incapacidad para la formación de recursos humanos preparados para crear conocimiento sobre los problemas de la población en relación con los temas planteados en las grandes conferencias, incapacidad creada precisamente, entre otros, por la eliminación de programas internacionales como la supresión del Centro Latinoamericano de Demografía en Santiago de Chile y su subse en Costa Rica. Incluso en México, en donde existen cuatro programas de posgrado, se da un gran rezago ante las políticas de descentralización, en donde la capacidad técnica y científica de los Consejos Estatales de Población para la creación de soportes empíricos y teóricos a las políticas locales, es absolutamente insuficiente. También es necesaria la presencia de expertos ante los requerimientos de

evaluación de las acciones emprendidas para rectificar y enriquecer la acción.

Cada vez más se requiere de expertos que cubran una gama amplia de actividades: de creación de buen conocimiento científico que haga comprensible la realidad socio-demográfica, de aplicación de tal conocimiento a la instrumentación de políticas, y de evaluación crítica de los programas existentes o aquellos nuevos que se originen. También se requiere de confrontaciones permanentes con los sectores académicos y los de la acción pública desde el inicio de los programas, precisamente para ampliar la visión de la problemática social desde una perspectiva integradora y universalista.

La globalización, tanto en el terreno de la cultura como en la economía constituye una tendencia que crece y los medios de comunicación son el vehículo e instrumen-

to más importante y, a su vez, el movimiento contrario está presente como la manifestación de nacionalismos exacerbados, el respeto a los orígenes étnicos, el uso de su lengua, la tradición, la propia historia de los pueblos, y constituyen parámetros de confrontación a aquellos que quieren imponer la globalización con producción de mensajes culturales homogéneos enfrentados a formas de vida cotidianas y de su representación simbólica.

Esto implica el reconocimiento de identidades colectivas, que se definen, primero, frente a los demás como reafirmación de nosotros como diferentes de ellos; como poseedores de varias identidades, aunque con cierto predominio de una; con cierta claridad frente al hecho de que las identidades no son fijas; y que la identidad depende del contexto y que puede cambiar.

No obstante, puede ser un gran error encausar la acción orientada por una comunicación hacia "identidades", debilitando el sentido del Estado-Nación, en donde no se le ha puesto freno precisamente a la decadencia de la Nación, al ocultar sistemáticamente las razones del empobrecimiento, al mantener las pautas de operación económica generadoras de pobreza al polarizar a la sociedad, con apoyo a injustificables subsidios hacia los ricos, la entrega al capital transnacional del petróleo, la minería, los ferrocarriles, la electricidad y con pérdida del control de telecomunicaciones, puertos y aeropuertos.

Entre otros aspectos, en los pactos que tienen lugar para profundizar el proceso económico, los grandes sectores gremiales en México pierden fuerza y aceptan las contenciones salariales que han disminuido hasta 75% de su poder adquisitivo, con una disminución del monto social en la riqueza generada de 40% en 1977 a 25% en 1995, el aumento del desempleo y, sobre todo, con la pérdida del proyecto político universalista de bienestar para todos los seres humanos. La política de la identidad no es para todos en su esencia, esto es evidente en el caso de los movimientos étnicos o los movimientos feministas que se han conformado sólo con el discurso sin beneficios reales para las mujeres o las etnias.

Los grupos de identidad son sobre sí mismos y para sí mismos, y no debe pensarse que la suma de minorías lleva a la conquista de las mayorías como lo pretende la acción gubernamental o como lo desean los partidos de oposición. Es por eso que las acciones hacia grupos de identidad deben relativizarse en términos de un nacionalismo ciudadano, en términos del Estado-Nación, que es en donde vivimos todos. DemoS